

estrellarse, de los emigrados y de los clubs. Los emigrados conseguían medios con qué atormentar á Francia, pero no con qué vencerla, y reconstituirla en sus antiguas bases; mientras los clubs daban agitaciones violentísimas y no daban reformas jamás. En verdad, en verdad, todos tenían algún viso de razón en sus conceptos, y alguna especie de justificación en sus planes; pero nadie podía coger un hilo seguro con qué orientarse por laberinto tan intrincado. Y en éstas á diario crecía la Revolución francesa con fuerza incalculable y á diario por sus perplejidades é incertidumbres menguaba la Monarquía tradicional.

Este curioso tipo de Rivarol se ponía frente al Rey dándole consejos y auxilios junto á la revolución y sus consecuencias, á pesar de maldecirla con anatemas, lanzados, más sobre sus actos, que sobre sus principios. El no quería nada ni con pelucones de la corte, ni con los gandules del Congreso. Así, al Rey no le regateaba ninguna de las sentencias capitales merecidas por su complisión de indiferente y por sus actos de ganapán. Viendo cómo lo recortaban la corona, hubiera él, puesto en lugar de Luis XVI, ido al Congreso, y díchole, desciniéndola de su frente: «ahí la tenéis, que yo no la quiero así.» Pero el Rey se proponía según Rivarol, en la revolución únicamente sacar veinticinco millones de francos para su lista civil. Cobrarlos á toca teja era todo su ideal. Así, no aspiraba tanto á ser el Rey de los canónigos como el canónigo de los Reyes. Cerrajero y cazador, en limar una llave ó correr una liebre pasaba el tiempo. El reglamento primero dado por su autoridad fué uno sobre caza de conejos, que, siendo muy voluminoso, habíalo todo él escrito de su puño y letra. Pero, no solamente decía estas cosas del Rey; decíalas mayores de los enemigos del Bey, sobre todo de Mirabeau. ¡Cuál hombre, decía, con quien apenas se puede contar nunca sin haberle contado algo á él! El dinero que tiene Mirabeau sólo le cuesta crímenes; y los crímenes no le cuestan nada. Por estos dardos terribles llamábasele disecador de hombres vivos á Rivarol. Pero su error capital no estaba tanto en los océanos de hiel donde anegaba los mismo á los conductores que á los enemigos de la Monarquía, como el sentimiento falso de que un artículo á tiempo y un discurso bien meditado salvaban la Monarquía ó templaban la revolución. Era hora de hacer, y no de escribir. Con literario y buen estilo no se impulsaba y movía el mundo á una serie de acciones enérgicas como las demandadas por la terrible acerbidad de tanta crisis y los horrores de guerra tanta. Decía Rivarol cosas profundas, y no hacía cosa ninguna. Tal sumo ateniense imaginábase como componiendo una tragedia en su imaginación, la cual estaba pasando. Folletos y más folletos; planes y más planes; consejos de lo que debió el Rey hacer con el Parlamento, y con los Notables, y con los Estados; quejas de la inercia de unos y de la maldad de otros; juicios muy severos de Luis XVI porque defendía los privilegios antiguos, como si fuera un patricio, en vez de apoyarse sobre los derechos del pueblo, como debía, pues era todo un Rey; catilinarias contra los Catilinas, y anatemas ciceronianos contra los Antonios, la clásica elocuencia de un Demóstenes junta con los dicharachos de un Aristófanes; pero, nada

de práctico, nada de salvador, nada de conducente á salir del naufragio y orientar hacia un puerto seguro la Monarquía desacatada. Madame Campan y su Reina pasaban sus noches larguísimas recreándose con leer en alta voz aquellos retruécanos de primer orden y aquellos equívocos de singular gracia, donde iban los consejos envueltos en chistes sin fin y los dardos más crueles pulidos por el arte más heleno. Pero, en realidad, cuando necesitaban los Reyes que les tendieran una mano fuerte, les tendían un estilo ateniense, divirtiéndoles de sus tristezas con joyas de literatura perfectas, pero agravándoles los males y las desgracias con acerbidades que, lejos de disminuir, aumentaban el dolor, y con planes que exacerbaban la impaciencia de aquellos infelices, exacerbando y recrudeciendo sus inextinguibles deseos, de arribar al puerto y huir al destronamiento. Así, todas estas ideas difusas en el espíritu, asemejábanse á esas chispas de lejana electricidad, á esos efluvios de imponderable magnetismo que desde apartadísimas capas del aire ó desde los senos de cualquier nube tonante, ó desde ethéreo espacio, sin que podáis tener conocimiento del origen de aquello mismo que sentís, os levanta el estómago y os trastornan la cabeza y os desconciertan los nervios.

Y así continuaban los proyectos de regia evasión. Mas tanto sus preparaciones como sus tentativas, como los esfuerzos empleados para ponerlos por obra y en práctica, únicamente reportaban dificultades sin medida y desgracia sin número. Irreparable la sufrida por el marqués de Favras, otro maquinador. Nunca pudo saberse á ciencia cierta lo que maquinaba. Sólo se conocía plenamente su carácter de reaccionario empedernido. Y con todos los conatos de reacción iban emparejadas las tentativas de fugas regias y las maquinaciones para conseguirlas. Cada gentil-hombre animoso tenía metido un plan en la cabeza y pugnaba por todos los medios imaginables para cumplirlo. Se acusó á Favras por uno de los muchísimos delatores generados en las juntas revolucionarias y se le procesó con estruendo. Como su nombre pareciese unido al nombre del conde de Provenza, compareció ante los tribunales con humildad este taimadísimo hermano del Monarca, y renovó sus juramentos de fidelidad á la revolución y sus votos por el triunfo definitivo de las públicas libertades: oficiosidad indigna de un tan alto príncipe. Instruyeron jueces más ó menos competentes un proceso más ó menos legítimo con toda celeridad. Favras respondió con el decoro y altivez que todo el mundo echara de menos en su inspirador más ó menos supuesto, príncipe de la dinastía reinante. Condenáronle á la horca, y en la noche del diez y nueve de Febrero, año mil setecientos noventa, fué ahorcado, al siniestro humear de antorchas que parecían infernales y entre gritos de muchedumbres rencorosas y vengativas que parecían endemoniados. El patricio se portó con atávica nobleza. Un desdén aristocrático á los denuestos realzó mucho su estoica frialdad durante la cruel agonía. Puso en sus labios el nombre de Dios al morir, y protestó ante la plebe de su inmaculada inocencia. El perdón á sus enemigos y á sus jueces precedió á su elevación hacia la Divina Misericordia. Y cum-



plido todo esto por él, rogóle al verdugo con calma que cumpliera su deber con serenidad. Como ya la sangre se le subía en aquellos momentos al pueblo por las entrañas del cerebro, hubo quien rió la muerte, quien bailó ante el cadáver, quien gritó: «que se repita.» La Reina, promovedora capital de tales hechos, experimentaba con el desengaño de su frustración los dolores más acerbos por la desgracia de sus amigos, y con los dolores más acerbos por éstas desgracias irreparables los remordimientos más crueles por haber sido de ellos inocentísima causa. Mas, las imprudencias sumábanse á las imprudencias en esta vía dolorosa de los Reyes hacia el cadalso. Quince días no transcurrieron de la muerte del mártir y las sospechas se condensaban sobre la frente del Rey cada día con una mayor condensación, preñada de terribles tormentos. Conspirador temerario de los que abundan en estos trances presentó á los Reyes durante una de las comidas, á que tenía el público derecho de asistir, sin recelo ninguno, el hijo y la viuda de Favras en duelo y de luto. Los Reyes no tuvieron más remedio que recatarse á toda manifestación de condolor por miedo de perderse. Custodiaban la mesa los guardias nacionales y se erguía tras el sillón uno de sus más exaltados jefes, el célebre Santerre. Y querían los realistas obtener de la Reina una manifestación de conduelo que hubiera pasado ante sus enemigos por una prueba patente de complicidad. Así, cuando se acabó el aparatoso banquete y la Reina estuvo sola, dióse á un dolor sin freno, considerando cuán perversos, pero cuán talentados eran sus enemigos, y sus amigos cuán buenos y también cuán torpes. Así claudicaban á cada instante. Luis XVI creía que todas estas claudicaciones se disimulaban á una con dinero, y señaló sobre su lista civil una pensión de cuatro mil libras anuales á los deudos del infeliz sacrificado. A cada momento, pues, un paso temerario, como éste infundía sospechas mayores al pueblo de una conspiración del Rey contra la libertad y la democracia, como si los términos del problema, tal como estaba planteado desde los Estados Generales, no generaran un conflicto, en el cual creían los Reyes usurpadores de sus derechos todos los decretos soberanos de la Asamblea y por su parte, la Asamblea conjuraciones reaccionarias todas las resistencias de los Reyes á perder sus facultades.

Triste á la verdad el estado en aquel momento y en aquellas circunstancias de la Reina, pero todo él también triste obra de su propia voluntad y necesaria hechura de su propia vida. Se había empeñado en que los legisladores, disponiendo en el Parlamento, según los dictados de la conciencia, del destino y suerte de la Nación, usurpaban facultades y prerrogativas á su marido, las cuales recibiera éste del cielo, y guardaba como representante directo de Dios mismo sobre la tierra que era; y procedía contra los usurpados con la convicción de que toda la justicia en aquellos procedimientos estaba por ella y sólo merecían los representantes de la mentida entidad, á quien llamaban ellos nación, un tremendo castigo. Fuera de la educación resultado, fuera de la fe y de las creencias suyas, lo cierto es que no había conciliación hacedera entre una monarquía, por completo aferrada en este

instante, á su carácter de absoluta, y un pueblo, quien, al impulso de ideas seculares elaboradas por el espíritu moderno, se creía llamado al gobierno de sí mismo, para trasmutar la jefatura de aquella sociedad y su alta suprema sabiduría desde la corte á la nación representada por sus elegidos en Asamblea constituyente única. Ir la familia real á París, como prenda de no conspiración, y pasarse desde Octubre del ochenta y nueve hasta Mayo del noventa, conspirando á la continua, proceder semejante constituía estado de discordia tal entre la Nación y la Corona, que generaba irremediable catástrofe. Así, la estancia en París se les hacía insufrible á los Reyes; y bendijeron, como una felicidad inesperada que gobierno y Asamblea les dejasen pasar la temporada de primavera y estío en el sitio de Saint-Cloud. Alejamiento del pueblo que no dejaba vivir con su contacto á los Monarcas en paz; colina muy esbelta entre las aguas del Sena y los bosques del privilegiado suelo aquel; vista de florestas y jardines en mezcla con París, ostentando sus cúpulas del Panteón y de los Inválidos entre las góticas agujas que suben al cielo como velas hermosas de naves místicas, desde Nuestra Señora y la Santa capilla; pueblecillos colgados en semicírculos de un fresco verdor interrumpido por gayas flores, como Sevres y Meudon; paseos varios y alamedas interminables, con surtidores parecidos á los más hermosos de Versalles, daban á la familia real una especie de ilusión sobre cambio de suerte, acompañada con una especie de seguridad en sus tenaces y continuas esperanzas de fuga, las cuales jamás le hacían caer en la sensible cuenta de que perdían á la patria sin remedio, anegándola en los horrores de las extranjeras irrupciones y en la terrible agravación de aquella guerra interior. La ventura conseguida en el seno de los campos y con el culto á la Naturaleza no había calmado un minuto los disgustos de la dinastía, ni detenido la conspiración. El Rey se paseaba con su indiferencia de siempre á caballo por los alrededores en compañía de un ayudante del caballero Lafayette; la Reina, más curtida para el combate y menos frívola que otras veces, consumía el tiempo entre sus faenas de mujer y sus cuidados de madre, sin quitar un minuto, ni la idea, ni la voluntad, del proyecto de su fuga y del trabajo de su conspiración; la princesa Isabel, á quien atribuía la fama carácter de ángel y virtudes de caridad exaltadísima, hermana del Rey, fomentaba la emigración al deseo de reunirse una vez con ella y volver sobre Francia entre los extranjeros ejércitos, pensando y apercibiéndose en su inocencia iguales crímenes á los que pensaba y apercibía el resto de la real familia. Los condes de Provenza, matrimonio influyente y poderoso, muy arrepentidos de haberse conjurado contra su cuñada, pero muy capaces de repetir la conjuración, si volvían las pasadas circunstancias y se imaginaban malheridos en sus ambiciones, fomentaban la emigración, aunque sin participar de ella ni compartirla, y así vivían en una modesta quinta cercana, jugando con los Reyes al wisth, viviendo con los pies puestos en los estribos para la fuga próxima y siempre aguardada; mientras las tías del Rey, no menos culpables que los hermanos en la obra del descrédito de María Antonieta y



del quebrantamiento de la tradicional realeza, iban camino de Roma para hurtar sus cuerpos al incendio y confortarse con los consejos y con los consuelos del Pontífice; los cortesanos recordaban las penas á sus señores y mantenían los rencorosos resentimientos, continuando la mala inteligencia del pueblo con el trono, y aparejándose por tanto á una serie de mutuas equivocaciones la irreparable catástrofe. Al hojear las *Memorias* del tiempo descúbrese que si la residencia en Saint Cloud diera más tranquilidad al ánimo y mayor salud al cuerpo de los Reyes, en cambio agravó la mala inteligencia de éstos con el pueblo, y recrudesció una conspiración deliberada y premeditadísima, pero inconsciente, porque no sabía cómo si marraba ella, se perdían los Reyes; y si triunfaba se perdía la Nación.

Madame Campan refiere mil hechos demostrativos de que los Reyes únicamente pensaban en fugarse. Todas las tardes, durante aquella estación estival, á que llaman bella por excelencia los franceses en su lenguaje corriente, los Reyes iban, cada cual por su lado recorriendo los alrededores, sin volver á Palacio, no hasta el anochecer, después de anochecido, cerca de las diez. Aunque había guarnición de Milicia Nacional, no celaba ésta por un milagro á la regia familia, ni la regia familia se recataba con ella de cosa ninguna. Por consiguiente, no podía encontrarse ni sitio ni ocasión mejores y más propicios para la partida con que soñaban. Así, hubo muchísimos proyectos de fuga. Llegaron allí en Mayo: corría Junio, y estaba ya urdido un plan muy vasto de inmediata evasión. Un bosque á cuatro leguas aguardaba con todos los aparejos y preparativos necesarios para largo viaje. El Rey se iría con su hijo en carroza por un lado; y la Reina por otro con la Princesa; pajes y escuderos seguirían uno y otro coche, para dar aire de paseo á la salida, y quitarle todo aire de fuga. Por observaciones de personas muy adictas, este plan se reformó, distribuyendo la regia familia en tres grupos, y ordenando que fuera en coche aparte, con su institutriz, el Delfín de Francia. Luis XVI debía escribir una carta, y dejarla sobre la mesa de su despacho, explicando los motivos de su viaje y exponiendo lista de sus agravios. Una berlina grande y una silla de postas amplia servían para toda la comitiva. Como la familia real no tornaba de paseo hasta las nueve, enteraríanse los milicianos de la fuga muy tarde, sin poder por ende ocurrir á ningún remedio; y, como hasta la mañana siguiente no había manera de dar con la Presidencia, que no solía reunir las Cámaras sino después de anochecido, quedábale día y medio con una noche ó dos para conseguir el paso á la frontera, y proceder, ya en plena posesión de sí mismo, desde aquel saludable destierro, á lo que hubiera lugar. Una tarde muy hermosa del mes de Junio creyeron los familiares y confidentes del Monarca en su partida, y se holgaron mucho con manifestaciones peligrosas, que sólo servía para exacerbar y recrudescer el mal. No hubo tales carneros, so pretexto de que debía esperarse con calma el arribo con felicidad de las tías del Rey á Roma, y de que se habían encontrado en los preparativos del plan algunos importantes obstáculos. Así, la enemiga entre pueblo y trono seguía, siendo la Reina el

blanco de los odios populares. No mucho, pues, que la Reina viese por todas partes amenazas de atentados. Así, decían unas veces que se acababa de prender á un fementido revolucionario, puñal en mano, apercibiéndose á matarla, y otras veces, que se habían encontrado pruebas de cómo apelaban sus enemigos al veneno para concluir con ella. Todo esto, ya fundado, ya infundado, ya verdadero, ya falso, no servía más que para exacerbar las cóleras mutuas entre la plebe y la corona, difundiendo efluvios de tempestad en los nervios sociales y sublevando la conciencia general. Hasta los únicos reposos de ánimo que tenía la Reina y los escasos consuelos que hallaba, servían al cabo y á la postre para echar plomo derretido en las heridas abiertas por los muchos golpes asestados entre unos y otros al cuerpo de la Nación y al progreso de la Humanidad. Caballeros de San Luis, damas de honor, gentiles hombres de aventura, terratenientes y rentistas de las cercanías, nobles de gotera, parecidos á nuestros hidalgos portugueses, curas de las parroquias vecinas, reaccionarios de todas clases iban frecuentemente al Real Sitio, armádoles manifestaciones tales, que malherían el nombre de la Reina, por tal especie de gentes aclamado, con peligro muy grave de suscitarla aún odios mayores que los acumulados sobre su persona, y hacer cada día más imposible su convivencia con la nación y su Asamblea.

Mientras tanto, la electricidad revolucionaria se difundía por los nervios de la nación, por aquellos nervios que sonaban como un arpa eólica. El entusiasmo universal en sus estremecimientos hacía de todo la población francesa un coro y en este coro resaltaba el aria de la plebe, produciendo una especie de salmo unisono. Todos los hombres parecían oráculos y todas las mujeres pitonisas. Los pedruscos del arroyo se trocaban en aras de altares y las palabras y las voces en angélicas sinfonías. El Rey mismo, arrastrado por la corriente, iba solo al Congreso, y el Congreso le recibía jubilosísimo con sus diputados, quienes, deseosos de que nunca se rompiera la cordial inteligencia entre los pueblos y los reyes con escándalo, aclamaban en Luis XVI al Restaurador de la libertad, y le decían á clamor herido padre amante de la patria. Conociendo cómo perdía en el concepto público, se persona el año noventa dentro de la Cámara, y le dirige una oración, prometiendo el concurso de la realeza tradicional á su esfuerzo generador. Desde tal minuto no encontró el entusiasmo freno. Unos diputados propusieron que se diputase al Rey una comisión de gracias, y otros que se prestara un juramento nacional á la Constitución, todavía en proyecto. Acaba de adoptarse tal resolución, y los juramentos al Código fundamental llenan los aires, henchidos de ilusiones y esperanzas como en Abril ó Mayo de flores y mariposas. Parecen los franceses de tal período aquellos videntes palestinos que, al aproximarse la llegada de Cristo, contemplaban el Mesías en las albas del Oriente y en los arreboles del Ocaso, difundiendo el mesianismo. Parábanse allí en las calles de París, tan lejanas á las devociones y á los milagros, jóvenes electrizados y en delirio, tendiendo los dedos al es-